



Fig. n.º 17.- Dibujo de Federico García Lorca que acompaña al manuscrito del *Llanto* (Archivo de la Casa de Tudela).

## I

## —LA COGIDA Y LA MUERTE—

A las cinco de la tarde  
 Eran las cinco en punto de la tarde  
 Un niño trajo la blanca sábana  
*a las cinco de la tarde.*  
 Una espuerta de cal ya prevenida  
*a las cinco de la tarde.*  
 Lo demás era muerte y sólo muerte.  
*a las cinco de la tarde.*

El viento se llevó los algodones  
*a las cinco de la tarde.*  
 Y el óxido sembró cristal y níquel  
*a las cinco de la tarde.*  
 Ya luchan la paloma y el leopardo  
*a las cinco de la tarde.*  
 Y un muslo con un asta desolada  
*a las cinco de la tarde.*  
 Comenzaron los sonos de bordón  
*a las cinco de la tarde.*  
 Las campanas de arsénico y el humo  
*a las cinco de la tarde.*  
 En las esquinas grupos de silencio<sup>1</sup>  
*a las cinco de la tarde.*

¡Y el toro solo corazón arriba!  
*a las cinco de la tarde.*

Cuando el sudor de nieve fue llegando  
*a las cinco de la tarde,*  
 cuando la plaza se cubrió de yodo  
*a las cinco de la tarde,*

---

<sup>1</sup> García Lorca en la primera versión del *Llanto* escribió «eran las esquinas grupos de silencio».

la muerte puso huevos en la herida  
*a las cinco de la tarde.*  
*A las cinco de la tarde.*  
*A las cinco en punto de la tarde<sup>2</sup>.*

Un ataúd con ruedas es la cama.  
*a las cinco de la tarde.*  
Huesos y flautas suenan en su oído  
*a las cinco de la tarde.*  
El toro ya mugía por su frente  
*a las cinco de la tarde.*  
El cuarto se irisaba de agonía  
*a las cinco de la tarde.*  
A lo lejos ya viene la gangrena  
*a las cinco de la tarde.*  
Trompa de lirio por las verdes ingles  
*a las cinco de la tarde.*  
Las heridas quemaban como soles  
*a las cinco de la tarde,*  
y el gentío rompía las ventanas  
*a las cinco de la tarde.*  
*A las cinco de la tarde.*  
¡Ay qué terribles cinco de la tarde!  
¡Eran las cinco en todos los relojes!  
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

## II

—LA SANGRE DERRAMADA—

¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,  
que no quiero ver la sangre  
de Ignacio sobre la arena.

---

<sup>2</sup> En la primera edición estos tres versos no iban en cursiva.

¡Que no quiero verla!  
La luna de par en par,  
caballo de nubes quietas  
y la playa gris del sueño  
con sauces en las barreras

¡Que no quiero verla!  
Que mi recuerdo se quema.  
¡Avisad a los jazmines  
con su blancura pequeña!

¡Que no quiero verla!  
  
La vaca del viejo mundo  
pasaba su triste lengua  
sobre un hocico de sangres  
derramadas en la arena  
y los toros de Guisando,  
casi muerte y casi piedra  
mugieron como dos siglos  
hartos de pisar la tierra.

No.  
¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio  
con toda su muerte a cuestras.  
Buscaba el amanecer  
y el amanecer no era.  
Busca su perfil seguro  
y el sueño lo desorienta.  
Buscaba su hermoso cuerpo  
y encontró su sangre abierta.  
¡No me digáis que la vea!  
No quiero sentir el chorro  
cada vez con menos fuerza;  
ese chorro que ilumina

los tendidos y se vuelca  
sobre la pana y el cuero  
de muchedumbre sedienta.  
¿Quién me grita que me asome?  
¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos  
cuando vio los cuernos cerca,  
pero las madres terribles  
levantaron la cabeza.  
Y a través de las ganaderías  
hubo un aire de voces secretas  
que gritaban a toros celestes,  
mayorales de pálida niebla.

No hubo príncipe en Sevilla  
que comparársele pueda,  
ni espada como su espada,  
ni corazón tan de veras.  
Como un río de leones  
su maravillosa fuerza,  
y como un torso de mármol  
su dibujada prudencia.  
Aire de Roma andaluza  
le doraba la cabeza  
donde su risa era un nardo  
de sal y de inteligencia.  
¡Qué gran torero en la plaza!  
¡Qué buen serrano en la sierra!  
¡Qué blando con las espigas!  
¡Qué duro con las espuelas!  
¡Qué tierno con el rocío!  
¡Qué deslumbrante en la feria!  
¡Qué tremendo con las últimas  
banderillas de tiniebla!

Pero ya duerme sin fin.  
Ya los musgos y la hierba

abren con dedos seguros  
 la flor de su calavera.  
 Y su sangre ya viene cantando,  
 cantando por marismas y praderas,  
 resbalando por cuernos ateridos,  
 vacilando sin alma por la niebla,  
 tropezando con miles de pezuñas  
 como una larga, oscura, triste lengua,  
 para formar un charco de agonía  
 junto al Guadalquivir de las estrellas.  
 ¡Oh blanco muro de España!  
 ¡Oh negro toro de pena!  
 ¡Oh sangre dura de Ignacio!  
 ¡Oh ruiseñor de sus venas!

No.

¡Que no quiero verla!

Que no hay cáliz que la contenga,  
 que no hay golondrinas que se la beban<sup>3</sup>.  
 No hay escarcha de luz que la enfríe,  
 no hay canto ni diluvio de azucenas,  
 no hay cristal que la cubra de plata.  
 No.  
 ¡¡Que no quiero verla!!<sup>4</sup>

### III

—CUERPO PRESENTE—

La piedra es una frente donde los sueños gimen  
 sin tener agua curva ni cipreses helados.  
 La piedra es una espalda para llevar al tiempo

---

<sup>3</sup> Primera edición: «que la beban».

<sup>4</sup> Posteriormente cambió el verso a «¡¡Yo no quiero verla!!

con árboles de lágrimas y cintas y planetas.  
Yo he visto lluvias grises correr hacia las olas  
levantando sus tiernos brazos acribillados  
para no ser cazadas por la piedra tendida  
que desata sus miembros sin empapar la sangre.

Porque la piedra coge simientes y nublados,  
esqueletos de alondras y lobos de penumbra,  
pero no da sonidos, ni cristales, ni fuego,  
sino plazas y plazas y otras plazas sin muros.

Ya está sobre la piedra Ignacio el bien nacido.  
Ya se acabó. ¿Qué pasa? ¡Contemplad su figura!  
La muerte le ha cubierto de pálidos azufres  
y le ha puesto cabeza de oscuro minotauro.

Ya se acabó. La lluvia penetra por su boca  
El aire como loco deja su pecho hundido<sup>5</sup>,  
y el Amor, empapado con lágrimas de nieve,  
se calienta en la cumbre de las ganaderías.

¿Que dicen? Un silencio con hedores reposa.  
Estamos con un cuerpo presente que se esfuma,  
con una forma clara que tuvo ruiseñores  
y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.

¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que dice!  
Aquí no canta nadie, ni llora en el rincón,  
ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente.  
Aquí no quiero más que los ojos redondos  
para ver ese cuerpo sin posible descanso.

Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura,  
los que doman caballos y dominan los ríos,

---

<sup>5</sup> En este verso, García Lorca duda, en su manuscrito, entre otras posibilidades como, por ejemplo: «El olvido lo cubre con millares de hormigas».

los hombres que les suena el esqueleto y cantan  
con una boca llena de sal y pedernales<sup>6</sup>.

Aquí quiero yo verlos. Delante de la piedra,  
delante de este cuerpo con las riendas quebradas.  
Yo quiero que me enseñen donde está la salida  
para este capitán atado con la muerte.

Yo quiero que me enseñen un llanto como un río  
que tenga dulces nieblas y profundas orillas,  
para llevar el cuerpo de Ignacio y que se pierda<sup>7</sup>  
sin escuchar el doble resuello de los toros.  
Que se pierda en la plaza redonda de la luna<sup>8</sup>  
que finge cuando niña doliente res inmóvil<sup>9</sup>;  
que se pierda en la noche sin canto de los peces  
y en la maleza blanca del humo congelado.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos  
para que se acostumbre con la muerte que lleva.  
Vete, Ignacio: No sientas el caliente bramido.  
Duerme, vuela, reposa ¡También se muere el mar!

#### IV

—ALMA AUSENTE—

No te conoce el toro ni la higuera  
ni caballos ni hormigas de tu casa.  
No te conoce el niño ni la tarde  
porque te has muerto para siempre.

<sup>6</sup> En el manuscrito escribió Lorca «sal» para, después, corregir por sol».

<sup>7</sup> Lorca duda entre «... que reposa» y «... que fulgura» para, finalmente, decidirse por «... que se pierde».

<sup>8</sup> Escribió, primero, «... en la lumbre bicorne de la luna».

<sup>9</sup> Lorca, intentó, sin éxito, introducir «blanca ternera», «triste ternera» en el lugar que, después, ocupó «niña doliente».



No te conoce el lomo de la piedra<sup>3</sup>  
ni el raso negro donde te destrozas.  
No te conoce tu recuerdo mudo  
porque te has muerto para siempre.

El otoño vendrá con caracolas,  
uva de niebla y montes agrupados,  
pero nadie querrá mirar tus ojos  
porque te has muerto para siempre.

Porque te has muerto para siempre,  
como todos los muertos de la Tierra,  
como todos los muertos que se olvidan  
en un monton de perros apagados<sup>10</sup>.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.  
Yo canto para luego tu perfil y tu gracia,  
la madurez insigne de tu conocimiento,  
tu apetencia de muerte y el gusto de su boca<sup>11</sup>.  
La tristeza que tuvo tu valiente alegría.

Tardará mucho tiempo en nacer si es que nace  
un andaluz tan claro, tan rico de aventura  
Yo canto su elegancia con palabras que gimen  
y recuerdo una brisa triste por los olivos<sup>12</sup>.



---

<sup>10</sup> Otra versión fue «en un montón de soles apagados».

<sup>11</sup> Dudó por «el gusto de la herida» y «el gusto de sus labios».

<sup>12</sup> Antes de corregir había escrito «bajo la muchedumbre mate de los olivos».